

Poemas 1973 - 1976

Daniel Barroso

danielbuenosayres54@gmail.com
<http://www.facebook.com/danielbuenosayres>
<http://danielbarroso.ar>

A tientas con el tiempo

Pudiera renegar de los primeros poemas, muchos lo hacen con buen criterio o simplemente para proteger esas creaciones que parecen débiles o desvalidas. En mi caso particular las dejo a la deriva (bastantes han ido, no al olvido sino directamente a la sepultura) como embarcaciones o como lo que son: palabras articuladas con pretensiones de poesía. Tengo para mí (y espero que guarden el secreto) que siempre es así...pretensiones...y algunas veces, no muchas: poesía.

1973

Que las casas olviden la hora del incienso,
la hora de los búhos al fondo de los ojos,
que pierdan su rumbo los nocturnales
crucifijos de la calle

que todo el peso de esta luz sea con nosotros

donde destierra el alba sus difuntas bufandas
y un mínimo universo de volcanes desata caballos
en furiosa acrobacia

¡Porque ahora es hoy y hoy es el día!

Podrán decir que un río de pólvora
nos inundaba la garganta
pero nosotros soñábamos a pesar del invierno en contramarcha

porque teníamos la ternura febril de las cocinas
porque era otra cosa levantar íntimas estatuas
porque violentamos el espasmo en las galerías
porque abrimos puertas civiles a la patria
cuando la muerte elevaba sus ídolos prematuros
y el viento corría como un potro ciego
construyendo las primeras armas de la alegría

porque la luz fue con nosotros
porque fuimos poesía.

Muerte chilena

Navegando un mar de brujas sangrantes
apareció la muerte con traje de metralla
acompañada con el estupor de las miradas chilenas.

Así vimos la canción fusilada,
la flor destrozada por el fuego,
a los hombres peleando con banderas
de grueso calibre
las mujeres con las faldas preñadas
buscando los niños fusilados a mansalva.

¡Cómo duele la muerte chilena!
Entre banderas y canciones germinaba la vida.

Es imposible descifrar a las bestias
que con traje de pútrido patriotismo
masacraron los Andes que nacían.

Aquí no murió la flor chilena.
Aquí empiezan a florecer las vidas rotas
como el niño crecerá la nueva razón
la de la espuma libre al mar,
como la del cielo a los pájaros,
como el rojo en la bandera mineral.

Metamorfosis del tiempo

Es simple, tan simple
como andar por una vereda de sol enérgico
como robarle al vecino su secreto
de corpiños y medias agujereadas en las terrazas.

Claro que por momentos confundimos los horarios
y nos parece imposible un mediodía nocturno
-pero eso es otro asunto-
es el tiempo que rueda indetenible
que nos abraza y nos lleva a otro incendio,
al infinito transcurso de las horas,
de los rostros innumerados
que de mano en mano caen
como carbones invadidos de ceniza o fuegos yertos.

Sigo sosteniendo que es simple.

Con solo escuchar el ruido de los párpados al cerrarse
o atreverse a señalar en qué lágrima pierde su intimidad la sal
o menos aún:
si podemos borrar con un ojo todo un crepúsculo al acecho,
solamente con eso y con algunos desatinos más
todo será tan simple como digo,
comencemos entonces:
poned la sangre en una copa
y en su borde más fino el pensamiento.

Aclaro

Hay en mí esa furia del caminante,
para recoger callado
el secreto gemir de nuestros muertos

Canción del monte

*a Manuel J. Castilla,
a su hospitalidad en tiempos poco hospitalarios*

Aun me queda el tiempo de tus pájaros
descendiendo desde el sueño,
noches sangrando con sus hachas monteras,
tucanes de alboroto,
los reptiles de la siesta,
derrumbes de piedras y frutas deshechas,
sombras como una corteza quebrada en la floresta,
la levísima tristeza del agua y los pañuelos,
pulso abriéndose en latidos de tierra.

Lo que llora cristalino de los árboles
cayendo de sol hasta olvidarse en el aire,
como puñales esas gotas
sobre el pilcomayo de tu barba y de tus ojos brillando
como un reducto de estandartes yertos,
como una victoria segura de poemas y silencios.

Sinfonía de peces sobre espuma muerta,
más lejos el quebracho crepuscular busca su greda,
vigilia de pueblos labradores en el telar de su miseria,
desolado acullico en tu mandíbula abierta.

Entonces nubes que desnudan ángeles,
un fundamento de puñales quebrando el cielo,
algo como un rayo o tu estirpe sobre el chaco salteño,
silencioso jardín llorando,
lo que no dice la tierra surge de tu costado
y vuelvo por tus ojos que amanecen cantando.

Cuidad y silencio

La ciudad está quieta

sube sus algodones de aire

trepa asfixiantemente en los pulmones.

No detiene, no se detiene ante los huesos caídos,
no puede, no podrá esta noche sacar sus ratas a la luna
porque hay sangre disuelta, derramada
cumpliendo con su homenaje de muerte
y desafío a la muerte.

No es noche, no es día:

es simplemente cuidad y silencio:

espaldas empapadas de sueños,
cabellos erizados y sucios
y una mano
un rostro que nadie ve,
que nadie toca,
que nadie

nadie.

Y solo es soledad.

Sin embargo, las voces van y vienen,
los pasos van y vienen,
la sonrisa va y va

y se va para siempre.

Agonía,
golpe inacabable en los cristales,
plumas que el viento ha destrozado.

Estos versos

Es necesario que escriba estos versos
aunque nadie los lea
aunque a nadie le importe,
porque mañana enterrarán a un hombre,
porque esta noche un corazón se muere,
porque estoy llorando
porque esta inmensidad de sombras
agrupa su otoño en las ventanas
cubriendo mi alma en su caída incierta.

Por eso, aunque todos se marchen
aunque los espejos no resistan este aliento
y no estés esperándome en la misma calle de siempre
es necesario que escriba éstos versos
en esta noche
aunque nadie los lea
aunque a nadie le importe.

Eternidades

Llanto de la tierra,
noche sin espacio,
luciérnaga ciega,
curso dividido de las aguas,
maternidades celestes,
lluvia infinita del mundo,
mano prisionera
entre otras manos liberada,
rayo crispado,
gota numeral sobre las piedras,
un latido profundo
que descansa su fatiga,
origen de la sangre
sobre la sangre derramada.

Funeral oceánico

Veremos piedras articuladas en el fondo de los mares
y tendremos que meditar las profundidades.

Seremos pensadores de la sal y las navegaciones,
supuestos héroes de la espuma,
pequeñas algas sexuales
esperando aguas más cálidas y más completas.

Nos deslizaremos en forma oblicua hasta el fondo,
una vez allí besaremos las arenas
y los caracoles corrompidos,
no podremos dormir,
habrá que vigilar el parto sensual de los corales
y seguir misteriosas ostras hasta el final de las redes
y las marinerías existentes.

Los obstáculos del camino serán combatidos por los peces,
las muchedumbres ahogadas respirarán bajo el acuático desfile
de olvidados náufragos,
en un final secreto
de tormentas y tifones.

No habrá cortejo para los caídos,
ni palabras ni bendiciones,
nadie se quitará el sombrero,
sólo lloraremos en silencio,
sólo los mascarones y los pesqueros serán cortejo y familiares,
sólo los alacranes rezarán por siempre su veneno,
y no será de espuma la sepultura
sólo arena gris y tesoros imaginarios,

sólo piratas tuertos y bodegones podridos.

Van desapareciendo las piedras,
el fondo del mar se oculta misteriosamente perseguido
y un desfile de ballenas llorarán al cielo su dolor de aceite
y su oquedad de exterminio.

Conciencia de lo indefinido

Se abren bocas somnolientas,
un confuso estremecimiento de aguas sanguinarias.
Sobreviven sobre el polvo ausente de la tarde
lentos trajes de azafrán y sangre
y una ronca campana de lejanos hilos
arremete por una calle solitaria
como muchedumbre estridente
sobre un país acribillado.

Es un vapor celeste de polen invadido,
una fragancia de vencidas amapolas
que suben desde el centro imprevisto de los mares
aumentando la sed y el fantástico poderío de los moribundos,
raíces como manos corrompidas,
tocan con dedos líquidos el torpe metal bruñido de los grillos.

No sé si podré ser más claro:
es como una sustancia de hojas atravesadas por el aire,
una azucarada lengua que se arrastra silenciosamente,
casi una mueca de lo perecedero,
es más:
es la furia en los ojos de un ciego,
el párpado fatal que lo ennegrece,
bufido en la mirada del tiempo que nos borra lentamente.

Algo más aún:
escarcha disuelta sobre las piedras
resbalándose hasta perderse en grietas secas.

Sólo quedan emergiendo sonidos

el eco interminable de los hombres resistentes,
de los moribundos indiferentes,
de los muertos increíbles
que bailan una incomprensible danza
sobre la tierra que los va tragando.

Habitando solitario

Sobre el espacio donde el silencio crece
y los viejos paraguas extinguidos
son de un negro perenne,
entre la muerte azul de los enamorados
y heladas campanas terrestres

estoy habitando solitario

Desde el viento y las cenizas verticales,
en la sepultura del otoño y sus vestigios de sangre
desde cada mineral herido en su cuna verde
y entre las antorchas ciegas de la noche,

estoy habitando solitario

Por las laderas abismales del tiempo y la distancia,
en los cráteres marinos,
en las hierbas pisoteadas,
en enigmas de cal y misterios de lámpara,
entre ballenas dormidas y pulpos tiritantes,

estoy habitando solitario

Mientras el beso de la lluvia moja banderas y estandartes
y la furia de los animales no se detiene,
mientras la paz mínima de los cementerios
baja por mi corazón disuelto en gotas
y la luz de las flores se confina en ataúdes,

estoy habitando solitario

Desde el mar a la tierra enfurecida,
desde siempre y hasta la ausencia del hierro,
con la cabeza aniquilada y los huesos que caen,
con las rodillas secas de cansancio rojo,
con mis ojos perdidos entre plumas y piedras dominadas,
con la risa y el brazo partido del tiempo,
con los labios mordidos entre palabras que no se pronuncian

Con escaleras de asombro y puertas baldadas,
con mi pie desnudo y desenterrado,
con los sonidos de mi cuerpo
y entre todos los cuchillos de la noche

estoy habitando solitario

estoy habitando solitario

Identidad confirmada

Me reúno con todas mis soledades,
con la imperfección de la que soy testigo
y crezco como árbol o vértice de las olas,
me reúno con testamentos de antiguos habitantes:
los medito, los enumero
destierro a los que quedaron sin origen,
las ferias ambulantes del desprecio,
las tristes mujeres que bebieron sin pasión las aguas de mi cuerpo.

Doy paso a la libertad de las esencias,
no empalidezco ante las muertes que me convocan
como pozos sin destino,
y destierro al cielo muchedumbre de sonidos,
transito,
recorro,
desando mis pasos:
cruzo el aire sulfúrico de los túneles,
entrego este brazo de piedra y sangre,
golpe a golpe entre la escarcha y mis lágrimas de caballo
me sublevo enfebrecido, tempestuoso,
dominando mis propias telarañas,
arraso entonces con la hiel que me consume,
limpio y despreocupado de lo necio,
y azul, siempre azul:
para las noches, para los días,
para cada minuto y cada espera,
para el silencio y el vértigo,
para la existencia y la guerra.
Así me reúno y me convoco,
me celebro y me critico,

me levanto como vapor de lluvia,
reconstruyo antiguas grietas:
derrotas o victorias,
lo que de vida fugaz me convoque o me expulse,
me libere o me retenga.

Así crezco,
me renuevo la saliva y la sangre,
la materia carnal que cubre mis huesos
y mis propios ojos que me miran en silencio.
Así, con la tristeza la alegría y la pena,
con todas y cada una de las redes de mi existencia.

Me reúno con mis soledades y no pretendo que justifiquen
a este sobreviviente de los jardines olvidados:
solo quiero que reconozcan
mi identidad sobre la tierra.

Jardín nocturno

El molecular espacio desgastado
entre aire y pisadas se divide,
ya anochece junto al jazmín deshojado
la triste feria del hombre y el llanto,
ya cae del sepulcro a la tierra
el hueso agusanado y la moneda,
ya el vino derramó su presagio
de noche infinita y triturada espera.

Vienen los nuevos fantasmas olvidados
sobre plumas y entre enredaderas
a convertirse en elemental rechazo
de esa triste mujer que huyó ciega.
Vienen los cristales floreciendo azucenas
junto al jardín de las especias,
arrastran millones de preámbulos
para querernos en cualquier madera,
en cualquier pino encorvado
de punta hacia la tierra
y yo subo al costal de madre selvas
para sacar niñas asustadas
de esta nueva estrella.

Y hay veces
que sobreviven los deformes parrales en mi puerta,
ensombreciendo de paz
el granítico pedestal de la siesta.

Oda a Lenina

A mi niña, la que no pudo quedare

Tal vez
entre
las
saladas
rocas
de
mis manos
y
el
fuego
intenso
de
mi cuerpo
aparezcas
vos
con
los
ojitos
saltones
con
los
labios
entreabiertos
Quizás
una noche
crezcan tus manos
acariciándome
las pupilas,
repitiéndome lágrimas
repetidas,

disimulando
mis pasos
disueltos
por tu ausencia,
robándome la sangre,
derramándola en el fondo
de una copa rota.

Un niño en la ciudad

Lunas de pólvora cabalgando sin sentido.

Puertos encadenados al último santoral del humo.

Vírgenes flacas desfilando sobre un ajedrez de albas coléricas.

Impulsos del río desbastando carruseles en las esquinas.

Fragancias de hotel olvidadas en los balcones.

Angustiosos subterráneos sin oído
arrastran una voz rasgada por un eco confuso
que se pierde en el vacío tumultuoso
de las aguas inferiores.

Hombres conformes de absorber claveles en las sombras.

Mujeres escondiendo su uniformidad de luto

Y el triste y solitario niño
que no sabe dónde va
pero que continúa su viaje de calles sin ángeles
donde un farol confundido por el miedo nocturno
ilumina su rostro
hasta perderlo
en los astros de las confiterías.

Oda al poeta asesinado o plagio en una lágrima

¡Ha muerto el poeta!
¡Murió asesinado el poeta!
No pudiste soportar
tu bien amada Patria
recién malherida,
y te fuiste
junto con tus algas,
con tu campanario oceánico
a componer
los versos más tristes,
la más desesperada canción de amor
y el más endurecido
Canto General
a tu pisoteada Patria,
a esta pisoteada América
que tan tuya fue y será
entre los nuevos corales
que acariciaron a tu mamadre
dormida junto al lecho
que jamás descansarás,
pues junto al minúsculo pedregal
de tu encendida espada
formarás un batallón
de elementales odas
combativas y ceremoniales.

Trato de no llorarte Pablo,
pero que difícil
se hace recorrer las raíces
y ver los relojes

de tus compatriotas
sumergidos en los mares
al compás de tu caballo
con galope muerto.
¡Y qué mala canción
se estará componiendo
en tus mascarones!
que lo vi llorando de solos,
los vi agonizantes
buscando tu corazón
y tu canción
de gesta revolucionaria
que emergió
hasta los huesos
la negra isla
de tus sueños redentores
y románticos.

No puedo decirte adiós
pues me reencuentro con vos
en cada verso,
en cada lágrima
de mujer ausente,
en cada obrero asesinado,
en los ojos brillantes
del compañero presidente
que defendió tu Patria
hasta la muerte,

que lloró por tus versos
la amarga matanza
de esos copihues rojos
que florecían de a miles
en las cinturas quebradas
por los asesinos.

Pablo
sé que me escuchás
y soy yo
quien no puede escuchar
que te hayan muerto.
Se amontonan trozos vivos
de tus versos en mi cuerpo
ensangrentado por tu ausencia,
aunque te sé vivo,
residiendo en esta tierra,
en tu tercera vida
de capitán enamorado,
en tu mochila
de años imperecederos

que andan por las angosturas
ensanchando los corazones buenos
que dijeron certeramente
¡el poeta murió de Chile!

Chile en 4 actos

*acudid a mis venas y a mi boca
hablad por mis palabras y mi sangre
Pablo Neruda*

I (Los primeros disparos)

Abajo
se ahoga el otoño y el aire como látigo golpea
mientras la noche deshabitada por los pájaros

se cae

como un cadáver mancillado por el agua

derrotado paisaje tirado en la calle
cuando soñar era morir

y el miedo respiraba

con lenguas de barro

Digo que la alegría era un barco poblado de fantasmas

Es decir, ya era tarde

para disfrazar la alegría

si nos estaban matando
contra la sombra memoriosa de los trenes que regresan
sobre la noche larga y sin aliento

como una ofensiva breve

de animales esperando,

porque el vértigo del llanto trituraba ojos

para sostener la vida
y repentinamente la lluvia
degollaba el sudor acre de la tarde
y las cosas del mundo caían como trapos temblorosos
sobre el viento y sus flautas enemigas

Y era sangre
 cazador endemoniado
 cuando la luna al azar
se despierta
 cayendo

como sólidos venados en el fondo de los patios

sucedió con soledad de bestia
 con tristeza humana
cuando los generales salían a orinar desde los techos de las casas
y eran de óxido de marte los jardines
bajo los puñales extranjeros

Sencillamente te morías
 madre
cuando caía en pedazos
 en tramos oscuros
 la brutal herradura:

no era como en el bosque inaugural de las araucarias
alborotando las hojas al caer los cascotes
 no era como en la nieve
enloqueciendo al paso su blanca barba

no

no era libre su galope ágil sobre el asfalto

la voz del amo se hundía en los ijares

las espadas sobre el lomo mezclaban pelos húmedos de sangre
entonces

las herraduras

madre

iban matando

(A pesar de todo
nos parecía un día cualquiera
con olor rancio de pescados bajo el sol
día de frutas redondas y marineros alegres
casi borrachos bajando de los barcos
días de mujeres bonitas en las callejas de Santiago
pero con otros ojos
aherrojados a la ceguera de la traición
al silencio del llanto)

entonces

nos empecinamos en alejar el salitre con las manos
mientras los libros en el centro de las plazas
secretamente
escribían algo entre el caracol de las hogueras:

eran sílabas

años

escaleras públicas

subiendo

Mientras
la patria en forma violenta contra el mar doblándose
incrustaba zapatones obreros y músicas familiares
estrellando amor sin embargo en su oreja fría

en su destino

de olas sin concierto

que tragaban con la niebla

pedacitos de sol contra la sangre
porque era el plomo rápido

súbitamente ardiendo como chorros de vinagre
eran ciegos caballos
sudorosos galopándonos dentro
mientras septiembre se ahogaba en desesperados versos
y un silencio de cocinas
en el fondo de las casas
degollaba platos
lentamente
contra la mesa vacía
en los barrios
contra las duras piedras

II (Aquí el amor)

Aquí están los regalos del invierno
las fotografías de mi padre
lo único que queda
generoso en los armarios
Aquí la osamenta
la procesión del beso
su altura tierna
Aquí esta aguja de lágrimas brotando
contra los lagartos del alba
los pájaros que migran tejiendo alfombras
en el cielo
aquí el amor
la terca cuna del hijo esperando
los pies húmedos de primavera
sus pétalos salvajes
la belleza del mundo

como una dulce criatura
esperándonos
Aquí todo lo nuestro
lo que no es privado
ni propiedad de nadie:
el ojo implacable del bosque chileno
la solemne coronación de la araucaria
el mediodía del aceite en las cucharas
el nivel del fuego y la conciencia
la pizarra de nieve
su número terrestre
soldadura del hombre
voz inexorable

En la altitud de la cordillera
todo lo que amamos padre
en nuestro corazón aguarda

III (Homenaje al poeta)

Tal vez detenga su corazón a la sombra de un árbol
y allí se quede perfumando ferrocarriles
o carretas cargadas en el bosque
tal vez descienda a las bodegas polvorientas que tanto amaba
quizás lo atraviere un verano detrás del mundo
sosteniendo eclipses de cristales marinos
destejiendo meteoros a la hora en que los pobres

regresan a sus casas

cuando los pájaros se alejan
y la luna sube como un globo tembloroso y ciego

mientras resbalan confundidas

tristes

las estrellas

Entonces su corazón canta

toca las piedras

pone en movimiento una lluvia secreta de palabras

deja su cólera el mar para escucharlo

y el pan descubre su herencia secular con el poema

Entonces su corazón canta

y el rocío y la rosa y la cintura del agua

las ventanas del mundo

sus siluetas amables

la bienvenida en todas partes

la claridad

las banderas

los combatientes

Entonces su corazón canta

y nosotros cantamos

IV (Los últimos disparos)

Ahora el invierno sobre las heridas

trae su bronce desnudo

lo deposita

entonces sombras y trajes deformes

abismo de soldados

tambor oscuro

fusil nocturno

¡y los pájaros volando!

Ahora desde las cárceles duras herramientas crecen
engranajes

desde el fondo de la tierra

músculo maduro subiendo

atmósfera y latido

violento cuchillo en el aire

esperando

Ahora es el sitio justo

garganta triunfal sobre los últimos disparos

universo de niños:

¡los pájaros han llegado!

Si me vieras Patria

¡Ay Patria!
si me vieras
cuando amanezco crecido
de injusticias
cuando no tengo más dolores
porque yo mismo soy una herida.

Si me vieras Patria
cuando salgo a buscar
tu origen de algarrobo,
cuando me escribo
junto con los míos
aquí en la palma de los ojos
tu nombre apretujado
y tu sed dividida.

Esperá Patria
escucháme una vez más,
no quiero hacerte más heridas imborrables
pues mi nombre es tu nombre
porque yo soy tu camino intransigente,
yo soy rostro de otros hombres que ya cayeron
soy las palabras inquietas
recorriendo tu estatura de novia pálida,
yo soy quien ha dejado inmóvil el mar
para verte más serena.

Soy quien día a día
deposita en tus mercancías de otoño
la sangre inquebrantable de mis muertos.

Salmos en la Piedra

A propósito de estos poemas

Salmos en la Piedra, fue un intento que quedó trunco cuando comprendí que el Canto General de Pablo Neruda, operaba como una influencia perniciosa y dominante.

Corría el año 1975, la militancia política y la mirada indigenista del continente me tentaron.

Era en los comienzos de todo y todo era posible.

Años después, la autocrítica necesaria, los nuevos oscuros tiempos de la dictadura y algunas urgencias expresivas, hicieron el resto.

Cuestión que los poemas que consideré rescatables de aquel intento decidí publicarlos, los más fueron ceniza. Debe tenerse en cuenta que todo que es ceniza ha sido fuego.

Sólo eso, nada importante. Me pareció oportuno dejar constancia de estas circunstancias, teniendo en consideración que alguien se atreva a leerlos.

tal vez lluvia sobre piedras larvarias,
nada era visible, pero empezaba a nombrarnos
nada tenía nuestro nombre
y éramos el nombre de cada cosa,
éramos nombre ausencia nacimiento.

Luego fueron los pájaros aconteciendo existencia,
pez en el agua y cangrejo en la tierra,
madera
piedra
cavernas sosteniendo su faz cuadrangular bajo los montes,
calendarios en la selva
líneas verdes
reuniendo bullicio germinal en las llanuras.

así fue como la tierra abandonó la noche

y los Constructores ordenando la vida
y la luz de la Prole apareció sobre la luz difusa,
innúmeros colores acudieron al rayo quebrando el poniente
y cada gota de agua tomó su cristal
cada roca su líquido y su espuma,
los árboles rugieron en su plenitud de fuego
y a cada flor su musgo,
a cada insecto su armadura,
a cada cosa su arquitectura intacta.

Más tarde
los hombres y su raíz exacta
hablando por nuestra boca multiplicada,
sonido de diademas y semilla rota,
manantial de gotas cayendo al río inerte,
hoguera de nuestros Dioses Principales
creció la Oración entre ecos mágicos

¡Henos aquí!

brutal inicio
irreconciliable gesta abriendo de un tajo la cáscara terrestre
sus guirnaldas de humo.

Así ayunaron en el recinto de la sabiduría
cuando mi raza Quiché
se quitaba sus máscaras.

II

Puedo decir que los cielos y la tierra eran con nosotros
que los mares los pájaros y el viento entre los árboles

la vida era rotunda

un ojo abierto a plena luz derramaba sus lunas
sobre el sagrario floral de los valles.

Así pudimos decir cuando a nosotros dio su herramienta la vida

Y de felices cultivamos
el maíz fue pródigo y auspicioso
y en las cocinas como en un túnel íntimo
el alimento entró dando gritos maternos.

Fue día de fiesta y oratorio
día de sol y de milagros:

los Maestros Magos bendiciéndonos,
en alto los brazos,
la danza breve y continua
la sed saciada en otra sed,
con nosotros faisanes y venados candorosos

en la seca soledad del alma.

Otra vez

oscuridad ancestral y primitiva.

Otra vez

sombras acechando y sílice cortando

Los ríos abrieron su apocalipsis de agua:

quien beba el agua de estos ríos beberá la sangre de mi raza

y quien esta agua ignore ignorará el feroz animal del planeta
que ruge en el alto umbral de las tinieblas.

Luego fueron apaleados los Dioses,
perseguidos en su dominio solar,
en sus oratorios sangrantes.

Nosotros

simples guardianes de lo perecedero,
habitantes sin rumbo en el rumbo lunar del universo,
cazadores en la hora exacta de la carne y los festejos,
perseguidos también hasta el corazón helado de los niños,
hasta el hueso deshojado de los viejos,
hasta la matriz rasgada de las mujeres
y la yerma tierra de nuestra sangre.

Y de esa sangre amanecieron los templos cristianos.

Y no hubo la paz para nosotros

Sólo polvo filoso como huesos en su explosión de aire.

Sólo un párpado oxidado de luz por las navajas.

Y nuestro pueblo Quiché que en las escrituras su nombre hallaba
se llamó
de Santa Clara.

Sacerdotes de túnica negra con su cruz degollaron hasta el sueño

Una sombra maciza de pedernales a nuestro paso:

desde entonces la historia no halló su rostro exacto.

LOS AZTECAS

Mesetas del sur

Hoja reseca y maíz ausente

Tierra dormida en su maraña azul de espinas

Niebla tumultuosa en la delgada fragancia

Vegetal devorador de fosforescencias minerales

Terrón dorado de los derrotados Toltecas

Círculo reducido en su corazón resplandeciente

Prístino amor de los Chichimecas:

pronto vendrán desde el norte las tribus guerreras,
la propia sangre dibujará su disco de infinita geometría,
plumas devoradas por el aire en el valle de Anáhuac
flotarán como signos de los sueños en el cielo.

Será el coro solar
subiendo sus gotas descalzas a orillas del Tezcucó
y será el Azteca rey del valle y la tormenta,
serán sus dinastías pedernal humano
naciendo entre arcilla y oxígeno sagrado.

Las cuerdas del algodón respirarán su crisálida rota
el maíz subirá a la húmeda cicatriz terrestre

como un cuchillo vegetal,
sangrará sus jugos minerales las piedras,
los gusanos bailarán sobre sus anillos
y el más diminuto insecto estallará en su collar de greda.

Y bajo las delicadas chinampas
amanecerá el reino vertiginoso del planeta:
cuna profunda,
primavera sulfúrica de las rocas,
vértigo de olores entre las flores naciendo,
soledad del viento sobre las flores muertas
y toda luz y toda sombra y toda negrura
urdiendo victorias de fragancias y texturas.

Será luego el sacrificio
rodando en la paz ciega de las escalinatas:
desolación de los huesos desafiando hedores mortales
luz invisible rastreando luces dormidas,
oscuros dioses devorando hilos negros de sangre,
carne nuestra dormida con brebajes auspiciosos,
carne nuestras vestida con oropeles y diademas:

ah! vértigo de lunas y mandíbulas jadeantes,
ya no temo y me sumerjo y grito y abren mi pecho,
soy la luz de una derrota
tan solo recuerdo.

Esta es la lámpara enardecida de la tierra
Reliquia del átomo a la sombra de los templos
Morada silenciosa y secreta

Encadenada a los aguerridos signos de idioma puro.

LOS MAYAS

Llega desde los bosques la pequeña huella del polvo y de la piedra.

Sobre el diurno relámpago central
arroja el henequén su luminosa fibra de escrituras blancas.

Más allá
entre la espesura rodeada de sonidos
un silbido inacabable de ríos sordos
levanta sus vínculos de oro entre la fina línea del otoño ciego

Nunca antes la raza del hombre había imaginado
estas vegetaciones arteriales:

racimos de frutos chorreando su almíbar
sobre el diente ácido de la tarde,
ágiles serpientes entre los juncos y las cañas,
una sombra de águila sobre la espesura,
una cárcel de légamo abre sus cerrojos
atrapando el paso del tigre y los venados.

Sólo el maya pudo cubrir con mañanas agrícolas
el secreto inicial del continente de los pájaros.

Sólo mis hombres supieron ver los abismos del sol
cuando la miel aún pertenecía al aire de los templos.

Todo aquello fue de mis guerreros:

el mar, los árboles, la piedra, la mies, el aire,

le sangre sin exilio
que forjó a la luz de la alegría
el fuego natal de los metales.

Yo anduve entre mi gente sin ser visto

Pude conocer las oraciones perdurables,
sus cósmicos dominios,
pude ver al Yum (patriarca de la estrellería oceánica)
desaparecer una noche a la sombra de los nopales
buscando la sepultura del cuerpo,
el hueso apolillado,
la maniobra larvaria de la vida.

Le eternidad necesaria.

Yo
que entonces apenas era un aliento de azufre en las cavernas
escalé a lo alto de Chichén Itzá,
entre la mandioca y el tabaco
recorriendo las montañas hasta el centro de su cántaro marino.

Yo
entre los huesos bruñidos de quetzales,
entre cáscaras de nopal y pétalos de miel
abrí mis ojos hasta lastimarlos en la jadeíta y los barro lunares,
mis brazos abrí sintiendo el tumulto del cielo golpeando en mis arterias,
y mi corazón descifró la urgente sed de los ríos
y el afilado sílice de un solo tajo se hundió en las sombras.

Y cuando Tohil
Dios supremo
Creador del mundo

salió de su cubo para plantar el árbol de la vida

supe que el corazón inquieto de las islas
dejaría su soledad en las flechas y en las hogueras,
porque el dolor se escondía en ánforas secretas

como un rumor

en un vuelo de pájaros heridos.

golpeó mi oído

y algo

LOS ARAUCANOS

I

El valle mira al río con ojos tristes
y el Mapocho asume su silencio de agua.

La nieve rompe su esmeralda blanca
sobre el movimiento estelar de las montañas:

esta noche bajará la luna entre la sombra del salitre,
dejará sus guirnaldas azules sobre la estrellada cordillera
convocando la garganta glacial de los minerales.

Vendrá a buscarme entre siglos de atmósfera y tendones:

por el amor y los besos que sangran en el aire,
por el degollado maíz de las llanuras,
por el bosque y las bojas acumuladas como huesos,
por el brazo pequeño y triturado del joven guerrero,
por este goterón del pecho que pierde su latido,
en las sombrías armaduras de los roncós arrecifes.

Vendrá a buscarme:

seré crisol de luna fundiendo en mí su blanco caracol de sueños.

II

La huella del tiempo deja su cicatriz.

El viento deja sus aullidos.

Los hombres la vida dejan
y aullido se vuelven
cicatriz del tiempo.

Arauco
madre del bosque
corazón pescador
rey de las semillas,

escucho tu voz en el fondo central de la madera
como golpes del cuerpo contra las lanzas.

Arauco
tus hombres buscan refugio en la voz de los ríos,
en las piedras que los nombran:

Tucapel sabe del paso del puma en los cristales
Toltén reconoce el pulso del agua en sus horas azules
Mataquito arroja silencio más allá de sus orillas
busca en vano la boca muerta,
el grito roto
la raíz remota.

Bío-Bío esparce su origen de cascabeles sagrados
y alerta sobre el avance de los filosos metales.
Mapocho ve una ciudad que no le pertenece:

Extremadura del sur es un nombre extraño
pero Mapocho sabe que resistirán sus piedras.

Atacama es sorprendido en su desierta armadura,
el salitre no comprende por qué lloran sus arterias.

Cintura del mar
región de lámparas ardiendo,
geografía de lanzas,
primavera helada,
levanta el sólido aldabón de la sangre,
emerge entre la sed y los estandartes,
entre cuchillos y guijarros

dame tu material transparente,

inquebrantable:

hogueras de tu horizonte

tu estrella inicial como bandeas.

LOS INCAS

I (Los Runas)

Venimos de la sangre de la tierra
somos el Sol, el Viento y las Estrellas.

¡Oh! Viracocha, luz que sale del abismo
autor del Universo:

henos aquí recogiendo la oscura catarata del planeta,
iluminando el hondo vegetal de las montañas,
acumulando estiércol de aves marinas,
abriendo canales entre el silencio dorado de los metales.

Henos aquí

somos los runas:

ave trepadora en sus torres lineales,
orden inaugural,
luz de la luz en su vértice de fuego

temporal del hierro,
arquitectura de vasijas rotas,
escritura equinoccial,
estirpe del sur,
salmos en la piedra,

noche espectral elevando sonidos de aguerridos pasos,
empuñadura de oro,
vestidura floral,
eternidad del tiempo:

henos aquí
somos los runas.

II (Habla la Tierra)

La raza del sur establecía su altura de cóndor
en la roca central del Machu Pichu,
era el dominio labrador,
el incierto recetario del maíz militarmente uniformado,
la cáscara marina, volcánica y guerrera,
agricultura aérea de las flechas
entrando en sus grutas celestes
sombra mineral en su origen de árbol ciego.

No busques en el vacío de la arcilla la transparencia del pan o del cuchillo
no trates de ver los hijos en su cuna de nieve,
ni el sonido de los yaravíes escuches,
ni mi muerte sepas:

porque en el fondo invisible de mi sangre
se acumula el tiempo como sacos de interminable harina
en una oscura caverna de interminables pasos,

porque en la herida fría de mi piel
tengo reliquias del átomo
esperando su abismo de luz y habitaciones vacías.

No sueñes con la flor del Pilcomayo:

no la encontrarás sino derribada
en su silencio de greda,
en su mutilación amarilla,
en el cristal de su ausencia cayendo en gotas.

Yo iré a tu encuentro.

Mi alma es solamente página en la historia.

Y tu vendrás a mí:

pondrás piedra sobre piedra

y en la noche altura de amores estelares
y en la frente de los muertos
una corona de irisados pétalos.

Entonces

la oración aturdirá su agonía en el golpe,
gota a gota la sangre elevará su signo de rojos ríos.

Y será el día del día
en el nombre de la tierra.

INICIATIVA

¿Hasta dónde llevarás tu garganta enemiga?
¿Hasta qué universo de cadáveres
llevarás el silencio torrencial de tus cuchillos?

Retrocede déjame nacer con las palomas.
Vete con el aire de tu brutal herradura.
Déjame nacer y renacer en mi teatro de piedra,
deja mis ocultas lámparas descansar entre los árboles,
defender las consignas que a mi boca golpean.

Vuelves una y mil veces y te aferras a mi carne:

buscas el sitio en la pálida herida,
devorador de hombres y quetzales.

Déjame en el légamo descansar como un planeta vacío.

Toma tus caballos

tu hierro

y los collares,

deja que el cielo triture sus anillos de agua
y en tus embarcaciones de árbol roto échate a dormir,
que el sueño te acorrale en sus cenizas,
que tus hacedores griten por tu carne,
que la noche te triture con su lámina ciega.

Déjame morir, pero no regreses:
sólo quiero nacer y renacer

otra vez en la toda luz y los aromas.

abandonados en las navajas del día.

(Valverde hizo arder su dios a nuestros ojos
y nos bendijo en el nombre de la muerte)

Allí va mi sangre entre las patas de aquellos animales veloces.

Allí van los sueños
(tus sueños)
la lágrima agonizante del planeta.

Huáscar,
hermano vencido,
no tendría que pensar estas cosas

pero es la muerte
y siento frío.

II

Atahualpa ha descendido al centro de la noche.

Extiende sus brazos.

Una corona de raíces blancas
lo nombra heredero en las alturas.

La ceremonia es de lágrimas y sueños.

El rostro impreciso del invasor
mira atentamente al frágil Atahualpa.

Él
 solemne y delicado como la espuma
vuelve sus ojos a los árboles y al viento del Cuzco
y como un ángel de acero busca a Pizarro entre las sombras.

La sombra de Pizarro se estremece en su armadura de fuego.

Valverde rompe su dentadura
en el cáliz de su sangre.

Atahualpa entra al cristal oscuro del universo.

y tuve que colgarme a ella
hacerle una ausencia de sangre
entre los dientes.

Fue mi lanza sobre el cuello hinchado y febril de la bestia
incrustándose:

un golpe certero,
una lágrima gigante,
los tendones como palmeras sacudiéndose
y otra vez
mi brazo golpeando.

Pero de la bestia salió el hombre
cortando las últimas ataduras de sus manos:

hacia mí un brillo de frutas asesinas,
hacia mí
sobre mi pecho,
descansó los negros piojos de su barba

y hacia mí
pobre Tecum,
entre párpados y hormigueros carnívoros
vino el último espectro del animal como un estandarte,
gimiendo,
retorciéndose,
sobre la baba azul de mi locura

y mil hocicos

a lo lejos
sangrando.

TÚPAC AMARU

I

(Suenan tambores como lunas le piedra.

La mano no sobrevive el peregrinar de su sombra.

El viento anochece el frío entre los árboles.

Ya nadie espera.)

El tiempo en un animal arrastrando su presa.

Antonio Juan de Arriaga balancea su muerte
en la delgada garganta del árbol vengativo.

Antonio Juan de Arriaga

ya no decreta infiernos:

él ha llegado a la espesa saliva
que el aire deja y arremolina,
es un cadáver que no merece recuerdo,
una costra marina,
un sudario demente,
envuelto en orgullo castellano.

Túpac recorre la plaza pensativa,
una apología de flechas golpea las tinieblas.

la sombra de barro ilumina su carne.

Sabe del advenimiento del ácido en sus ojeras,
escucha la sed en la lengua de las fieras,
los gritos del pecho abierto de luz en las ventanas.

Pero él desciende gota a gota
hasta armarse de todas las consignas del metal humano,

Tupác Amaru avanza
desafiando la copa negra y rabiosa de la conquista

Túpac Amaru desemboca con su luz
sobre lámparas agrícolas,
lleva el código azul de las estrellas
su pólvora exacta:

deja entonces
su pequeña paz dentro del alma
y sale con sus manos
a repartir el alba.

III

No preguntes por qué,
ni quieras saber quién ha sido:

estás allí en el calabozo
buscándole habitaciones combativas a la Patria,
esperas tu hora firme pensativo,
con persistencia de banderas y explosiones.

V

Y cuando llegas:

descarnado traje en sus hebras finales,
flor diseminada en avalancha de espuelas cegadoras,
luz criminal al borde del abismo
y hogueras avanzando.

Siento que los pájaros distinguen tu mirada,
que desciframos los signos de tu osamenta,
que empezamos a heredar tus afiladas cicatrices
sabiendo que en el fondo del tiempo
y ordena fundaciones
se imprimen llagas
la rústica herramienta.

Por eso,
cuando crece tu enigma de sangre,
cuando aún chorrea el frío por las puertas
y por tu ráfaga de dientes ásperos

pasa la vida mordiendo niños invisibles
me acerco a detener la adversidad de los relojes

porque crecen banderas de tus ojos
como unidades de histórica conciencia.

Índice

A tientas con el tiempo

- 3 :: 1973
- 4 :: Muerte chilena
- 5 :: Metamorfosis del tiempo
- 6 :: Aclaro
- 7 :: Canción del monte
- 8 :: Cuidad y silencio
- 10 :: Estos versos
- 11 :: Eternidades
- 12 :: Funeral oceánico
- 14 :: Conciencia de lo indefinido
- 18 :: Habitando solitario
- 22 :: Identidad confirmada
- 20 :: Jardín nocturno
- 21 :: Oda a Lenina
- 23 :: Un niño en la ciudad
- 24 :: Oda al poeta asesinado o plagio en una lágrima
- 26 :: Chile en 4 actos
- 34 :: Si me vieras Patria

Salmos en la piedra

- 36 :: A propósito de estos poemas
- 37 :: Popol Vuh

- 43 :: Los Aztecas
- 45 :: Los Mayas
- 47 :: Los Araucanos
- 51 :: Los Incas
- 53 :: Iniciativa
- 54 :: Atahualpa
- 57 :: La locura de Tecum
- 60 :: Túpac Amaru